

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

22º domingo del Tiempo Ordinario (30 agosto 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Nos disponemos a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos.

Nos entusiasma el resplandor de la Resurrección, y nos encoge el corazón la Cruz. Pero no va nunca lo uno sin lo otro. Ni espere el discípulo ser más que el Maestro (Rovirosa, OC, T.V. 425)

Jesús habla de la humillación, que es su propio destino, y allí le piden apariencia, poder. La vanidad, el espíritu mundano es precisamente el camino que el diablo ofrece para alejarse de la Cruz de Cristo. La propia realización, el carrerismo, el éxito mundano: son caminos no cristianos, son caminos para tapar la Cruz de Jesús (Francisco, Homilía, 11 de marzo de 2020).

Desde los textos, me sitúo en la vida

Va terminando un verano extraño, un tiempo distinto. Retomar de nuevo las actividades del curso –en esa lógica temporal en la que nos hemos instalado desde siempre– es también un ejercicio de incertidumbre. Seguimos caminando tras proyectos ilusorios, mientras sigue resonando la invitación al seguimiento de Jesús. Seguimos tentados por “la vieja normalidad” y no sabemos bien cómo ir construyendo la novedad del Reino.

Ponemos en manos de Dios nuestras incertidumbres y deseos, las llamadas que resuenan en nuestra vida, nuestro sincero deseo de seguir a Jesús.



Salmo del seguimiento (fragmento)

*Has abierto caminos, haciendo tu camino·
¡Eres Camino!
Has anunciado la verdad, viviendo en transparencia·
¡Eres Verdad!
Has comunicado vida, siendo vida de Dios·
¡Eres la Vida!*

*Has comenzado a caminar,
 en ritmo de éxodo, como tu pueblo.
 Has hecho de tu vida una Bandera discutida al aire de los vientos.
 Has hecho de tu estilo en el vivir señal de contradicción.
 Has llegado al corazón de cada ser humano como espada.
 Has hecho de tu Persona llamada abierta a seguirte.
 Tú llamas a seguirte.
 Y arrancas a cada persona de los suyos.
 Tú llamas a seguirte.
 Y pides vender todo y darlo por nada.
 Tú llamas a seguirte.
 Y exiges perder la vida, perderla toda.
 Tú llamas a seguirte.
 Cargando con la cruz
 como revolucionario del amor.
 Tu llamada es radical.
 Tú llamas y ofreces tu proyecto, tu plan de vida.
 Tú llamas y abres para hombres y mujeres la voluntad del Padre.
 Tú llamas y quieres hombres y mujeres libres que te sigan.
 Tú llamas y abres a hombres y mujeres tu causa: construir el Reino.
 Aquí estoy, Señor quiero seguirte con mi corazón roto.
 Aquí estoy, Señor quiero cambiar haciendo seguimiento.
 Aquí estoy, Señor Jesús, da ritmo a mi proceso.
 Aquí estoy, Señor, porque me has llamado.
 Gracias.*

(Emilio L. Mazariegos, adaptada)

Hoy me dice LA PALABRA...

Mateo 16, 21-27. Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.



Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte». Jesús se volvió y dijo a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios». Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá, con la gloria de su Padre, entre sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Pedro se sigue moviendo en esquemas de la autoridad como poder y del rechazo del fracaso y la debilidad humana. Si estos fueran los esquemas en que tuviéramos que movernos, tendríamos que reconocer que la pandemia de la COVID los ha desbaratado todos. No hay poder ni seguridad a que aferrarnos. La debilidad y el fracaso, la incertidumbre, se han instalado en nuestro horizonte de una manera más visible y permanente que hasta ahora. El error de Pedro es rechazar el seguimiento, y Jesús vuelve a invitarle a retomar esa clave vital: «Ponte detrás de mí».

Ese sigue siendo hoy también nuestro reto en estas circunstancias: seguir a Jesús, ponernos detrás de Él, asumiendo su estilo de vida, estando dispuestos a cargar con la cruz, y a seguirle.

Cargar la cruz no es ser masoquista. Si queremos seguir a Jesús con fidelidad no podemos olvidar que en él no encontramos ese sufrimiento que tantas veces nos acompaña, generado por nuestro propio pecado o por nuestra desacertada manera de vivir. Jesús no conoció el sufrimiento que nace de la envidia, del egoísmo o el amor propio, el vacío interior, o el apego egoísta a las personas y las cosas. Hay, por tanto, en nuestra vida un sufrimiento que hemos de ir suprimiendo de nosotros si queremos seguirle. Hay un sufrimiento que, ni es humano, ni es cristiano.

Es una equivocación creer que uno sigue más de cerca a Jesús si busca sufrir sin necesidad alguna. Lo que agrada a Dios no es el sufrimiento, sino la actitud con que una persona asume las cruces que nacen del seguimiento fiel a Cristo. Hay sufrimientos, rechazos, conflictos, cruces que el cristiano ha de asumir siempre. Ahí está para cada uno de nosotros la cruz que hemos de llevar detrás de él.

La disyuntiva sigue siendo seguir el camino de Jesús, o alinearnos con proyectos de vida distintos a los del Evangelio. Cargar con la cruz de Jesús, cargar con la cruz del seguimiento nos sitúa junto a los crucificados de este mundo. Cargar con la cruz es dejar a Dios ser Dios en nuestra vida.

Nuestra sociedad se caracteriza, cada vez más, por la incapacidad para el sufrimiento y la renuncia; algo que la pandemia ha vuelto a poner de manera brusca ante nuestra mirada y en nuestra vida. ¿Qué pensar de una sociedad que evita, esconde y rechaza determinadas formas de sufrimiento? ¿Qué decir de quienes no se detienen ante los derechos más elementales de las personas y actúan sin escrúpulo alguno, movidos solo por el éxito económico, el triunfo social, y las ansias de tener? ¿Qué decir de una sociedad atrincherada, incapaz de la más mínima renuncia, viendo en la acera de enfrente a millones de personas que carecen de lo más básico para vivir?

Dejemos hoy que resuenen estas palabras de Jesús, una vez más, dentro de nosotros. En cada una de ellas hay buena noticia. Son una invitación a renovar el compromiso y a reavivar nuestra actitud de discípulo, al comienzo de este nuevo curso.

Ante mi proyecto de vida, me planteo qué cruces y sufrimientos he de desterrar de mi vida, cómo ponerme detrás de Jesús, otra vez. Me pregunto qué cruces coinciden con las del Evangelio, cuáles tengo que asumir.

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre:

Seducir

*Me seduces, Señor,
sin artificio ni adorno.
Con la verdad desnuda
de tu palabra,
de tus preguntas,
de tu cruz.
Me cautivas
en la pasión
de tu vida y de tu muerte,
y en la esperanza de tu resurrección.*

*No me siento muy capaz,
pero tú me llamas,
y ahí germina la lucha:
te admiro, pero temo
te quiero, mas yerro,
te escucho y te niego.
Tú eres luz,
yo estoy ciego.*

*Pero no cejes en el empeño.
Prefiero tu invasión difícil
a mi seguridad vacía.
Tú sabrás derribar los muros
y llenar mi casa de Vida.*

(José María R. Olaizola, sj)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús,

*Danos la gracia de amarte
con todo nuestro corazón,
y de servirte con todas nuestras fuerzas.*

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.